

Del Período Indiano de la cultura chilota

RODOLFO URBINA BURGOS*

INTRODUCCION

El viejo concepto de región y el más nuevo de regionalización han sido revitalizados en nuestro lenguaje desde que se puso en práctica la nueva división política del país. Pero la misma regionalización ha permitido ir con el tiempo, trascendiendo lo puramente administrativo hasta caer en cuenta de que cada región o conjunto de regiones pueden exhibir rasgos culturales dignos de aquilatarse en toda su dimensión, a la hora de planificar las políticas de desarrollo regional.

Las sutiles peculiaridades culturales de que se compone el país han estado siendo advertidas desde antaño, pero raras veces han sido objeto de una preocupación mayor. Por eso nos ha parecido sugerente abordar el tema de la cultura nacional desde una perspectiva regional, como lo hizo la Universidad de Tarapacá en 1984, con ocasión de las IX Jornadas Nacionales de Cultura.

Es necesario reconocer, sin embargo, que la cultura chilena es homogénea¹, pero también es oportuno admitir que esa misma homogenei-

*EL AUTOR: Rodolfo Urbina Burgos. Profesor titular de la Cátedra de Historia de América, Período Indiano, en la Universidad Católica de Valparaíso. Profesor de América Colonial, en el Departamento de Historia de la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso. Doctorado en la Universidad de Sevilla, España.

¹La homogeneidad chilena ha sido destacada muy a menudo como para detenernos en esto. Nacionales y extranjeros han trazado el perfil de una nación chilena uniforme en lo racial

dad presenta matices que no sólo se limitan a la tradicional distinción entre lo urbano y lo rural, sino a diferencias —todo lo tenues que se quiera, pero diferencias al fin— entre las diversas secciones del país. Creemos que los rasgos culturales dignos de destacarse se observan más propiamente entre las áreas rurales que entre los centros urbanos. Estos últimos presentan diferencias menos perceptibles, aun entre ciudades tan distantes entre sí como Punta Arenas y Arica.

Siempre nos ha parecido que el mestizaje cultural hispano-indio, en cuyo resultado vemos, en gran medida, el perfil de la cultura nacional, no fue un fenómeno tan homogéneo como se suele admitir. Este se dio en proporciones diferentes, con culturas indias que presentaban sus propias peculiaridades al momento del contacto, y se dio también, en tiempos históricos distintos en las diversas regiones chilenas. A esto hay que agregar los aportes de otras culturas, especialmente de origen europeo, que dejan huellas en unas regiones más que en otras. Como marco de todo este proceso es necesario destacar las singularidades geográficas de los diferentes espacios de que se compone el país que, como basamento material de la cultura, son también fuente de estilos, comportamientos y actitudes humanas que, a la postre, completan el cuadro de la individualidad cultural de las regiones.

Por eso, también, creemos que es sugerente el estudio de las formas que toma la cultura popular en países como Chile que, extendido en el sentido de los meridianos, permite la sucesión de franjas horizontales climáticas, morfológicas y económicas, paisajes variados que se distribuyen de trecho en trecho, desde el desierto cálido del norte, hasta los fríos bosques australes; en fin, variedades regionales mucho más marcadas que en los países extendidos en el sentido de los paralelos.

La sucesión de paisajes de norte a sur da origen a relaciones específicas del hombre con sus respectivos entornos, lo que a la postre constituye cultura. No se trata, pues, de cultura intelectual o erudita, ni afecta tampoco a los valores esenciales, sino de cultura popular y espontánea. En este sentido no es lo mismo un habitante de Tarapacá que otro de Aisén, porque sus estilos, costumbres, reacciones, etc., nacidos de su relación con el medio son distintos, aunque en ambos casos se aprecie una común fisonomía de chilenos.

Las diferencias o matices están en los aspectos secundarios o adjetivos de

y cultural, producto de un mestizaje equilibrado alcanzado más tempranamente y con mayor rapidez que otros países hispanoamericanos.

Véase Icaza Tigerinos, Julio: *Ubicación hispanoamericana de Chile en Finis Terrae N° 28.*

la cultura o usanzas regionales que expresan creencias, hábitos, preferencias culinarias, artesanía, en fin, folclore. Un estudio del habla regional, por ejemplo, podría ilustrarnos mucho sobre cómo el hombre aprehende su entorno y se relaciona con su "morada vital". En el Norte Grande, la mayor riqueza de conceptos de uso habitual están referidos al paisaje desértico y a la minería, mientras que en Chiloé son los términos relativos a la madera, al mar y a las embarcaciones los de uso más corriente. Desde esta perspectiva y admitiendo la homogeneidad básica de la cultura chilena, se pueden distinguir, a grandes rasgos, una *cultura minera*, una *cultura agrícola* y una *cultura marítima*.

Pero lo anterior no es, todavía, suficiente para explicar las peculiaridades regionales de la cultura chilena. A nuestro juicio, es importante tomar en cuenta la forma en que llegó a constituirse geográfica y políticamente el país y admitir la existencia de 'regiones viejas', como Chile Central llamado también Chile Histórico, y 'regiones nuevas', de incorporación tardía. Dentro de estas últimas es preciso distinguir las pobladas y las vacías al momento de su agregación a Chile.

Para nosotros la incorporación del Norte Grande no tiene la misma significación que la incorporación de la Araucanía o la colonización de Aisén. Las dos primeras poseían estilos propios y diferentes entre sí, mientras que la tercera era tierra vacía, por lo tanto 'inculta'. En Aisén, una abrumadora presencia geográfica se veía salpicada de unos cuantos hombres llegados desde otras regiones, portadores de diferentes modos de relacionarse con el medio. Piénsese que en Aisén se dieron y dan cita gentes tan diversas como pobladores provenientes de Chile Central, de la Frontera y de Chiloé, en un proceso de acomodación que aún no concluye y que resulta especialmente interesante para nuestro tiempo, pues se está creando allí un estilo nuevo que será tanto más peculiar cuanto se mantenga en su actual aislamiento.

Todo lo anterior no es una realidad que se manifieste con nitidez a primera vista. Muy por el contrario, las diversas regiones de Chile tienen más de común que de diferentes, lo cual es explicable, entre otros factores, por la movilidad geográfica de la población, que incide finalmente en la uniformidad.

Dentro de este contexto resulta sorprendentemente atractivo el caso de Chiloé, porque entre todas las regiones es la que presenta mayores diferencias, no sólo geográficas, sino sociales y culturales, respecto del conjunto del país. Y es que cuando nos referimos a la cultura de Chiloé, no queremos significar sólo aquellas sutiles diferencias dentro de una imagen cultural común chilena, sino algo más que eso, pues Chiloé es una suerte de cultura

autónoma que se explica a sí misma como una totalidad y con sentido de identidad. Es cultura chilena, pero más criolla y por eso más americana, con su arquitectura, su lenguaje más castizo, su sistema de relaciones humanas, sus vínculos con la naturaleza, con sus mitos y su magia, su visión del mundo, su folclore, y su personalidad que hace que con propiedad se le llame *cultura chilota*.

Por eso Chiloé no es una región, sino un 'mundo', cuya vieja historia data del siglo XVI, pero de incorporación política tardía ya que sólo se verificó en 1826. Geográficamente pertenecía al reino de Chile, pero no formaba parte política ni culturalmente del país, circunstancias éstas que explican que Chiloé presente hoy un rostro peculiar y sea objeto de la entusiasta atención de estudiosos chilenos y extranjeros.

El trabajo que presentamos en esta ocasión tiene por objeto sólo sugerir un camino para aproximarse al estudio de los fundamentos de la cultura chilota y lo que a nuestro juicio son las circunstancias históricas que más significación tuvieron en la configuración del perfil del mundo insular en el Período Indiano.

1. *DE FRONTERA ABIERTA A FRONTERA CERRADA*

El asentamiento español en Chiloé fue similar al de las demás regiones indias durante la conquista, tanto en los determinantes económicos (oro, tierras e indios), como en la estructura de la colonización, con instituciones comunes al resto de las Indias.

La conquista se llevó a cabo en el verano de 1567 por Martín Ruiz de Gamboa, quien sentó reales en Chiloé al fundar la ciudad de Castro como capital del archipiélago que comenzó a llamarse 'provincia' de Nueva Galicia. Todo este espacio quedó agregado a la gobernación de Chile como el territorio más meridional que de hecho poseía la Corona en las Indias Occidentales y la última población de españoles hacia el Estrecho de Magallanes.

Desde su conquista hasta 1598, Chiloé se comportó como 'frontera abierta', esto es, espacio en proceso de colonización, franco a la inmigración de españoles del centro del reino, trampolín para nuevas conquistas hacia los territorios australes, en fin, avanzada extrema de un proceso expansivo que se esperaba llevaría a la colonización del Estrecho.

Hasta entonces, el fluido cultural del naciente reino de Chile estaba dotando de una fisonomía común al vasto espacio que se extendía desde el

Despoblado de Atacama por el norte, hasta Chiloé por el sur, a través de una línea continua de ciudades que iban marcando hitos en el territorio a partir de un eje central administrativo.

La inestable Araucanía hacía posible un incansable movimiento de gente de guerra española a través de las ciudades del sur, lo que favorecía la pervivencia y consolidación de un estilo común y la conciencia de estar formando un reino, cuyo rostro se insinuaba ya con marcada fisonomía militar. Un camino, aunque incipiente, se extendía hasta Chiloé, nutriendo las fronteras de la conquista con la savia que arrancaba desde el centro. La relación de los españoles de Chiloé con Osorno y Valdivia era permanente hasta fines del siglo XVI, especialmente con Osorno, por constituir un triángulo geopolítico, de cuya estrecha relación dependía la defensa de las tres ciudades y la consolidación de la ocupación de la zona.

Pero la rebelión araucano-huilliche de 1598-1604 terminó con la continuidad del asentamiento español, al destruir las llamadas 'siete ciudades de arriba', que comprendía el territorio que media entre el río Bío Bío y el Maullín. Aunque Chiloé también fue afectado por el levantamiento, al aliarse los indios domésticos con los corsarios holandeses en 1600, logró subsistir, quedando desde entonces separado del resto del reino, separación que marcó el origen de un largo proceso de desemejanza entre chilotas y chilenas.

La escisión dejó al archipiélago en la condición de 'residuo' de la conquista, creando en la población española de las islas la sensación de estar abandonada en lo que llaman 'el recoveco del mundo'. La falta de contacto regular con el continente, después de 1600, llenó de pesimismo y desgano vital a los vecinos, que se manifestó en las reiteradas representaciones del cabildo para abandonar la provincia.

El archipiélago se transformó, entonces, en 'frontera cerrada', que no sólo no atraía a nuevos inmigrantes, sino que, a pesar de que la Corona estimó como no conveniente su despoblamiento por razones geopolíticas y misionales, no pudo evitar que el vecindario comenzara a salir hacia el continente, aunque no en la proporción que hubiera puesto en crisis su conservación.

Los que permanecieron fueron estimulados con 'privilegios de frontera', mientras los bordes eran protegidos por un sistema de fuertes que defendían la provincia de los asaltos de los bárbaros del continente y de los corsarios europeos. Se constituyó así un mundo que se vio obligado a desenvolverse a 'intramuros', en contacto estrecho con los indios domésticos, pero casi completamente desvinculado del núcleo histórico.

2. LA UNION RESIDENCIAL Y SU INCIDENCIA SOBRE EL MESTIZAJE

Desde principios de la conquista los españoles se asentaron en la ciudad de Castro donde recibieron solares, tierras y encomiendas, repitiendo el estilo común de realizar el poblamiento en las Indias.

Las haciendas estaban situadas en los parajes ancestralmente poblados por los indios. Eran las únicas tierras susceptibles de ser aprovechadas en la agricultura y la ganadería, y estaban situadas en la franja costera del litoral septentrional y oriental de la Isla Grande e islas adyacentes. La mayor parte de la provincia quedó al margen de la ocupación efectiva por ser tierra montuosa, despoblada de indios, cubierta de un impenetrable bosque, excesivamente húmedo y hostil al asentamiento humano, como era todo el centro, oeste y sur de la Isla Grande.

La residencia permanente de los españoles en la ciudad de Castro se mantuvo hasta fines del siglo XVI. Desde entonces y a consecuencia del ataque del holandés Cordes a la ciudad, en 1600, los españoles se vieron obligados a buscar refugio en sus haciendas, iniciándose así un temprano proceso de dispersión, aunque sin perder la calidad de 'vecinos' de Castro.

El traslado al interior significaba no sólo dispersión de la población española, sino ruralización, cancelación de la separación residencial de ambas repúblicas, el fin de un proceso colonizador concebido a partir de una base urbana y la consiguiente inseguridad de la provincia al no estar las fuerzas reunidas.

La unión residencial de indios y españoles pasó a ser un fenómeno general en Chiloé, dando origen a un intenso y permanente mestizaje biológico, pero fundamentalmente cultural, afectando por igual a indios y españoles racialmente puros.

El proceso de mestizaje fue ininterrumpido a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Desde los inicios del XVII, los antiguos pueblos de indios comenzaron a tomar la fisonomía de mixtos, porque en ellos convivían españoles, indios y mestizos, a pesar de las leyes que lo prohibían. El número de mestizos llegó a ser considerable en cada pueblo, aunque es imposible hacer precisiones porque en las 'numeraciones' aparecen bajo la calidad de españoles —españoles pobres, o plebeyos—, pero casi nunca se les llama mestizos en la documentación expedida por autoridades civiles y eclesiásticas de Chiloé.

A fines del siglo XVIII, de los 81 pueblos de la provincia, incluyendo las

ciudades y villas denominadas 'de españoles', 39 corresponden a pueblos de indios, 5 a población española y 37 a pueblos mixtos².

Como resultado de este tipo de asentamiento y del mestizaje, el grueso de la población llegó a ser marcadamente mestiza-india, en las postrimerías del siglo XVIII. La población 'española' —que incluye, como hemos dicho, gente de sangre mixta— alcanzaba a unos 15.000 habitantes en cifras redondas a fines de siglo.

Suponemos que la mayor parte de los españoles mostraban las huellas del mestizaje, y no pudo haber sido de otro modo ya que la conquista se hizo con poco más de un centenar de españoles que no experimentaron incremento desde 1567 hasta las postrimerías del siglo XVI. Entre fines de este siglo y principios del siguiente, la población española era de 200 a 265 vecinos y soldados, que junto a sus familias sumaban unas 1.000 personas, mientras que la población india era de unos 20.000 habitantes.

La llegada de nuevos elementos españoles en los primeros años del siglo XVII, tanto desde Osorno, después de la destrucción de esa ciudad, como desde Chile Central para las guarniciones de Carelmapu y Calbuco, sólo compensaban las pérdidas sufridas por ataques de piratas, guerras con los indios del continente y abandonos de la provincia, aunque en el mismo período los indios chilotas sufrieron mermas considerables³.

En el siglo XVIII, en cambio, como consecuencia del mestizaje, el desequilibrio desaparece, mientras la población india vuelve a tomar ritmo ascendente, como se puede observar en el cuadro siguiente⁴.

Consideramos que quienes realizaban los cálculos de población, tropiezaban con la infranqueable dificultad de distinguir al mestizo en una sociedad donde la frontera entre los diversos grupos no existía con la nitidez que se apreciaba en otras regiones indias. Los sectores más pobres de la sociedad española no se distinguían fácilmente de los indios, mucho menos los mestizos, confundidos todos en unión residencial. Por otra parte, en Chiloé no existió una 'casta' de mestizos como Chile Central. El mestizo chilote, además de no llevar esta denominación, integraba la república de los españoles, con los mismos derechos que éstos, aun para ejercer oficios de cabildo y obtener mercedes de tierras y encomiendas. Era corriente, sin

²Urbina Burgos, Rodolfo: *La periferia meridional Indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. Editorial Universitaria, UCV, 1983, p. 63.

³Sobre el tema, véase Contreras Juan y otros: *La población y la economía de Chiloé durante la Colonia: 1567-1826*. Instituto Central de Historia. U. de Concepción, 1971, pp. 13-17.

⁴Urbina Burgos, Rodolfo: ob. cit., p. 41.

Año	Españoles y Mestizos	Indios
1714	—	6.120
1735	—	9.400
1742	6.068	10.026
1767	—	10.478
1773	10.627	8.732
1780	11.985	11.231
1781	13.266	10.083
1787	15.072	11.617
1791	15.601	11.979

embargo, que la ‘nobleza’ denomine ‘plebe’ al sector más pobre de la sociedad española.

Pero más importante que el mestizaje biológico es el proceso de intercambios culturales que afecta también a indios y españoles puros. Estos últimos constituyen una minoría que celosamente conserva la pureza de sangre. Los Barrientos, los Cárcamo, los Andrade, los Aguilas, los Ponce de León, los De la Torre, etc., eran familias nobles, beneméritas, generalmente ‘feudatarias’, a quienes los demás sectores de la sociedad llamaban ‘señores’ o ‘padres de la patria’ y habían permanecido ajenes al cruce racial, lo que se podía advertir en su aspecto físico. En 1741, John Byron se refiere a ellos como “hombres fornidos, de gallarda apariencia, como lo son en general los españoles nacidos en la Isla”. De las mujeres destaca “la tez fina” y la hermosura⁵. A fines del siglo XVIII, dice Agüeros: “Los habitadores de Chiloé son en extremo robustos y sanos y los españoles criollos de aspecto y perfecciones naturales hermosos”⁶.

Sin embargo, ni el aspecto físico ni aun la hegemonía política y social que los ‘nobles’ tenían sobre el resto de la población, les podía ocultar que llevaban una existencia mestiza. Unos y otros vivían dentro de lo que en el siglo XVIII era ya una común cultura chilota, resultado de una transculturación permanente.

⁵Byron, John: *El naufragio de la fragata Wager*. Ed. Zig-Zag, p. 123.

⁶Misiones y expediciones en la provincia y archipiélago de Chiloé. Francisco González de Agüeros. s/f Biblioteca Hispano-Chilena: 1523-1817, Medina, t. III, p. 182.

3. INDIOS Y ESPAÑOLES: LOS INTERCAMBIOS CULTURALES

La dispersión de la población española, el desequilibrio étnico al momento de la conquista, la inexistencia de nuevos flujos inmigratorios de españoles durante los siglos XVII y XVIII y la relativa estrechez geográfica del archipiélago, permitió una relación constante entre españoles e indios, más tempranamente que en el reino de Chile.

La tarea fundamental estuvo centrada en la evangelización, como expresión de lo que Foster llama 'procesos oficiales'⁷. La religión católica llegó a ser la contribución más significativa de la colonización española de Chiloé. La fe fue difundida de acuerdo a un plan racional jesuita y continuado después por los franciscanos, fundado en el sistema de misión circular, sobre la base de capillas u oratorios previamente erigidos en cada uno de los pueblos de indios.

La organización laica de los fiscales y patronos y otros cargos creados en cada una de las comunidades, garantizaban la mantención de la fe y contribuían a ordenar la sociedad, bajo la dirección de los frailes. La actividad eclesiástica permitió el paso de la poligamia a la monogamia e hizo importantes progresos en la extirpación de la brujería, tareas que, a juicio de los misioneros, constituían las bases fundamentales para desbarbarizar a los indios y edificar luego una nueva cristiandad.

Los frailes fueron, por eso, los más eficaces agentes de civilización y cristianización de los indios chilotas dentro de los moldes de la cultura española. La existencia de un plan sistemático para ello, elaborado por el Colegio jesuita de Castro, la continua renovación de los operarios que impedía que fuesen absorbidos por el medio, la procedencia de Chile, Lima o España y otros países europeos, pero con un método común de acción, le daba a la tarea evangélica cohesión y vigor.

El sistema circular de la misión permitía abarcar todo el archipiélago con uno o dos sacerdotes en continuo movimiento y llevaba uniformidad religiosa, social y cultural a todas las comunidades indias. El mundo chilote era así mejor conocido por el Colegio de Castro que por los propios españoles laicos que convivían con los indios.

Los españoles, al optar por la dispersión y repartirse entre los indios, fueron menos perceptibles dentro de una población nativa más numerosa, que si se hubieran mantenido concentrados en la ciudad, como era la idea

⁷Foster, George: *Aspectos antropológicos de la conquista de América*. En *Estudios Americanos* N° 35-36.

original. Comparados con los misioneros —especies de nómades que no dejaban pueblo sin administrar— los españoles mostraban una movilidad geográfica más limitada, circunscrita a sus lugares de residencia y a ocasionales desplazamientos a Castro y Chacao.

El rasgo más importante es la pérdida de la cohesión del grupo y de toda la 'república', lo que significa, a la postre, falta de vigor para la conservación de la cultura española. Esto les hace ir perdiendo paulatinamente la fuerza formal que tiene en el resto de las Indias y en ciertos aspectos cae en la dependencia de la cultura aborigen, cultura que muestra ventajas de recursos para adaptarse a la naturaleza del archipiélago.

Con todo, las contribuciones españolas fueron importantes. Baste pensar en la encomienda —quitando naturalmente todo lo de abusiva que fue esa institución— para darse cuenta de las notables transformaciones que experimentaron los indios. A través de ella se introdujo un sistema inédito de trabajo, como la explotación comercial de la madera, el cultivo del trigo y del lino, la ganadería y las variadas actividades de la industria de la madera, de la lana y de las carnes, así como en la industria naval donde los naturales mostraban sus innatas condiciones para la construcción de barcos.

Todas estas adquisiciones transformaron, en buena parte, la cultura india, tanto que en el siglo XVIII se comparaban ventajosamente, no sólo con los indios de Chile Central, sino con los españoles pobres de Chiloé, que se mostraban más rústicos que los indios sobre todo cuando se trataba de las cosas de la fe. La opinión que los indios insulares tenían sobre sus vecinos continentales de los Llanos de Osorno, era de civilizados a bárbaros y sepreciaban mucho de su grado de civilización y cultura, sobre todo por su dignidad de cristianos. Algo similar ocurría cuando opinaban sobre los 'neófitos' de las islas australes trasladados a Chiloé. Solían mofarse de ellos a causa de su primitivismo, torpeza e incapacidad para cultivar la tierra. Sus progresos en la civilización y la cultura permitió a los misioneros jesuitas encontrar en ellos una apreciable contribución para la civilización y cristianización de los poyas y puelches de Nahuelhuapi, a principios del siglo XVIII, intento que fracasa por la rebelión de los bárbaros en 1718.

Desde Chile y Perú, los indios chilotas eran mirados con simpatía a causa de sus progresos. El protector general del reino de Chile opinaba que la mayor parte de los indios chilotas eran "más arreglados y económicos que los intitulados españoles". Destacaba sus habilidades en el telar, en la carpintería y en otras artes, pero sobre todo su fidelidad al rey, una garantía para la defensa del archipiélago⁸.

⁸Informe del protector general. 1761. AGI, Chile, 237.

En 1784, el obispo de Concepción ponderaba la destreza que mostraban los indios chilotas en la carpintería y marinería, llegando a ser tan hábiles que, proveían “de estos oficios gran parte de este reino”. Su concepto de los indios era óptimo, pues los consideraba “laboriosos e industrioso... naturalmente dados al trabajo y una excepción muy particular de todos los indios de este país”⁹.

Sin embargo, a pesar de la españolianización anotada, se mantuvieron fuertemente arraigados a los aspectos más esenciales de su cultura. La fe cristiana, por ejemplo, coexistió con la mitología y la magia, lo que a juicio de la Iglesia constituía una supervivencia pagana que ponía en peligro la pureza de la fe. No obstante, la mitología y la magia se mantuvieron inalterables y hasta los frailes terminaron por aceptar, al menos la mitología, como una expresión de su cultura que no tenía por qué entrar en pugna con los valores cristianos.

La magia era más peligrosa para la fe, pero los indios la siguieron practicando clandestinamente, tanto que los sacerdotes casi no se enteraban. En 1769, el jesuita Segismundo Guell al referirse al *machitún*, decía que “si en Chiloé hay algo de esto, está muy caído y sólo reina en confuso en Quenac y Chaulinec”¹⁰.

La monogamia se impuso fácilmente, y aun se asumió un ethos cultural contrario a las relaciones sexuales fuera del matrimonio. Sin embargo, no se pudo evitar que ocultamente subsistiera la tendencia a la libertad sexual premarital en la mujer, mientras que el varón siguió siendo, en cierto sentido, un ‘vagus concubitus’. Las posibles manchas sociales que acarreaba la existencia de hijos naturales, eran borradas recurriendo a la mitología, como por ejemplo, el ‘trauco’.

⁹Relación que hace el obispo de Concepción al rey sobre las misiones de Chile y su frontera. Concepción, 28 agosto 1784. AGI, Chile, 308.

¹⁰Machitún, dice Guell, es “el curar por artes particulares, de modo que algunos indios se fingen poderosos para curar todo mal y adivinar la causa de él. Llaman a estos machis los parientes del enfermo, y luego el curandero hace mil gestos y reza cosas que no deja entender y dice que la enfermedad de aquél procede de tal y tal causa y si se le antoja dice también que N (sic) la causó. Con esto los parientes del enfermo se vengan del nombrado por el machi y o lo matan o le hacen pagar cuanto quieren. Agrega que “si se pregunta al machi quién le ha enseñado a curar, da a entender que los espíritus se lo han enseñado”. Finalmente señala que “esto se hace en Chiloé muy rara vez y muy a escondidas de los padres”. Noticia Breve y moderna del archipiélago de Chiloé, de su terreno y costumbres de los indios, escrita por un misionero de aquellas islas en el año 1769-1770. En Hanisch, Walter: *La isla de Chiloé, capitana de las rutas australes*. 1982. Anexo Documental p. 257. ASCPS. 1983.

En éstos, como en otros aspectos de la cultura, los españoles se vieron involucrados a tal extremo que adoptaron como suyas las formas aborigenes. La dependencia de los españoles es notable en aspectos que van desde el uso de la indumentaria india, hasta formas de relacionarse con el medio.

Los ponchos y las polainas sin planta en lugar de zapatos era de uso común en indios y españoles, aunque corrientemente unos y otros andaban descalzos. Según Byron, los hombres generalmente no usan zapatos. Cubren sus pies con un cuero que llevan atado a la altura del tobillo. En cuanto a las mujeres, señala que "rara vez acostumbran las damas de la primera sociedad a ponerse zapatos para andar por casa, de ordinario los guardan para ponérselos en ocasiones particulares. Con frecuencia las he visto —dice— llegar a la iglesia a pierna pelada andando por el barro y por el agua, ponerse sus medias y zapatos a la puerta de la iglesia y quitárselos de nuevo al salir"¹¹.

Más completa resulta la descripción que hace el sacerdote Segismundo Guell. Dice que los indios "van descalzos, usan unos calzones de bayeta, una camisa de lo mismo y un poncho, que no es otra cosa que una manta cuadrada con un agujero al medio, por donde sacan la cabeza, y sin atarlo queda pendiente sobre los hombros. Este es el traje de los españoles también, aunque algunos van calzados. Las mujeres van descalzas, visten camisa de bayeta y corto el faldellín de lo mismo, con un rebozo que desde la cabeza cuelga hasta casi el suelo. Lo mismo visten las españolas, aunque algunas, fuera de la camisa de lienzo, van calzadas y mejor vestidas"¹².

El uso de indumentaria española, además de ser inadecuada para el medio, era cara en exceso, pues provenía de Lima, mientras que la vestimenta descrita era confeccionada por ellos mismos —indios y españoles—. Por eso los viajeros destacan el común aspecto exterior del chilote, aunque suelen subrayar el buen aspecto físico de los españoles.

Numerosos llegaron a ser los aportes indios en aspectos relativos a la adaptación a la naturaleza peculiar del archipiélago. La adopción de la *dalca* parece haber sido una de las contribuciones indias más importantes, a pesar de la sorpresa que muestran los foráneos sobre esta embarcación sin quilla. Asimismo, el modo de moverse por los canales y el conocimiento de las crecidas y vaciantes, modo de orientarse y todos los variados recursos relacionados con el mar, fueron recogidos de la experiencia india, como india es también la interpretación mitológica de los fenómenos naturales relativos al mar, la tierra y el cielo.

¹¹Byron, John: Ob. cit., p. 131.

¹²Noticia breve y moderna..., ob. cit., p. 246.

Algo similar ocurrió en otros aspectos de la cultura. Los españoles adoptaron la *minga* como sistema de trabajo, aprovechando la vieja costumbre india de las labores comunitarias, la farmacopea aborigen también se impuso y las preferencias culinarias con más de un centenar de platos y comidas de origen indio que, como el *curanto* y el *milcao* representan lo más genuino del arte culinario insular.

Pero junto con esto, los españoles hicieron suyas prácticas aborígenes consideradas bárbaras por los foráneos. Se hizo general en el archipiélago el hacer convites, a la manera india, que consistía en grandes cantidades de chicha de manzana, carnes y mariscos, pero también sexo. Hasta la nobleza española, generalmente contraria a los vicios, se veía envuelta en estas reuniones que llamaban *cahuines*, como la denuncia hecha en 1784 que determinó la intervención del gobernador de la provincia, la suspensión del cabildo de Castro y el destierro de los capitulares implicados en estas prácticas. Sin embargo, a pesar de ser combatido por autoridades foráneas, era tolerado y hasta promovido en el interior de Chiloé¹³.

La agricultura es de origen europeo, excepto el cultivo de la papa, y también es europeo el arado. Pero este último es adaptado por los españoles a las usanzas del archipiélago, esto es, construidos de madera de luma, muy diferentes a los empleados en Chile. Su extraña forma y modo de usarlo despiertan curiosidad y admiración en los visitantes. En la confección de tejidos se introdujo el telar extendido que reemplazó al utilizado por los indios¹⁴. Pero los naturales pusieron su propio arte al confeccionar los ponchos, bordillos, camisas, sabanillas, cubrecamas, etc.

De otro punto de vista, la asimilación que sufre el español en determinados aspectos de la cultura, se manifiesta también en la inutilidad del idioma castellano en las relaciones cotidianas. El castellano cayó en desuso hasta quedar relegado a los asuntos oficiales y se adoptó vigorosamente la lengua *beliche*. En realidad, los préstamos culturales indios en lo referente a su relación con la naturaleza llevaban aparejados el uso de la lengua que mestizos y españoles terminan por hacer suya, como único medio de desenvolverse en Chiloé.

¹³Los *cahuines* —dice Guell— “son convites poco honestos. Se juntan muchas personas o familias, cada una de las cuales está obligada a dar para el convite, quien una oveja, quien una ternera, quien un puerco, quien un carnero, etc., y llevarlo consigo a la casa o rancho donde es el convite. Y en aquel triste rancho, donde apenas caben 12, están 30 ó 40, días y noches hasta acabar lo que trajeron para el convite. Y allí revueltos hombres y mujeres no será fácil evitar mil deslices”. Noticia breve y moderna..., Ob. cit., pp. 246-247.

¹⁴Vázquez de Acuña, Isidoro: *Artesanía textil de Chiloé*. Boletín Americanista. Cátedra de Historia de América, U. de Barcelona. Año II, N° 4, 1960, pp. 49-61.

El gobernador de la provincia, Narciso de Santa María, señala en 1755 que los españoles “observan algunas costumbres de los indios que no se les puede quitar”, que usan dos lenguas, “la castellana, muy mal hablada y la beliche... muy bien”, y que la lengua de los indios la hablan también los nobles y “todos la frecuentan más que la castellana, así hombres como mujeres”¹⁵. Byron se refiere a lo mismo y destaca que los españoles encuentran la lengua beliche “más bonita que su propio idioma”¹⁶.

Por eso, en las Instrucciones entregadas al intendente Francisco Garos, en 1789, se ordena la difusión de la lengua castellana por toda la provincia. Lo mismo se reitera al gobernador Pedro Cañaveral, el mismo año, para que ponga “particular cuidado que (el castellano) se enseñe y propague entre todos aquellos vasallos, por lo mucho que interesa se asemejen en lenguaje”¹⁷.

Finalmente los préstamos culturales de indios a españoles abarcan también, todo un mundo de creencias, mitos y supersticiones, facilitadas por una mentalidad española fijada en esquemas del siglo XVI. En realidad, ambas culturas al entrar en contacto fueron portadoras, cada una a su modo, de una disposición a la fantasía, más contemplativa que práctica¹⁸.

4. IMAGEN CULTURAL DEL MUNDO CHILOTE EN EL SIGLO XVIII

De lo anterior se deduce que el contacto hispano-indio en Chiloé produjo un mestizaje cultural total, porque afectó a todos los aspectos de la cultura de ambas sociedades, en toda la extensión del archipiélago y de una manera homogénea, excepto pequeñas áreas como la de los ‘payos’, al sur de Castro, y los sectores insulares de Caylín, Chaulinec y Apiao, poblados por colonias de indios australes, ajenos a la cultura amerindia de Chiloé y de incorporación tardía al proceso, aunque finalmente absorbidos.

Se trata, también, de un ‘mestizaje directo’ por el contacto real y

¹⁵Estado general que comprende la provincia de Chiloé, sus términos y fronteras. Narciso de Santa María. Chacao, 14-marzo-1755. Biblioteca Palacio Real, Madrid. (Gentileza del Dr. Santiago Lorenzo Sch.)

¹⁶Byron, John: Ob. cit., p. 125.

¹⁷Instrucciones que debe observar Dn. Pedro Cañaveral en el gobierno de la provincia de Chiloé. Madrid, 24-junio-1789. AGI, Chile, 217.

¹⁸Véase, Marino, Mauricio y Cipriano Osorio: *Chiloé, cultura de la madera. Proceso a los brujos de Chiloé*. Ancud, 1983.

material entre indios y españoles, en condiciones pacíficas y de convivencia cotidiana en los parajes tradicionalmente habitados por los indios. Es, al mismo tiempo, un 'mestizaje permanente' porque no sufrió interrupciones a lo largo del Período Indiano, sino que se mostró estable y progresivamente intenso.

La participación de otras culturas no fue importante. Los indios huillches del continente se incorporaron, a comienzos del siglo XVII, en pequeño número —unos 300 tributarios—, siendo rápidamente asimilados por la cultura insular. Los 'neófitos' australes —chonos, caucahués, huillis y —tajatafes—, incorporados en el siglo XVIII en número de 200 a 300 personas en total, terminaron por ser absorbidos a fines del mismo siglo, dejando pocas huellas raciales y culturales en el conjunto de la sociedad.

Los negros no ingresaron a la provincia. Sólo a fines del siglo XVIII se constata la existencia de dos esclavos de color —un hombre y una mujer— traídos desde Lima, pero de permanencia temporal en Chiloé. La esclava se casó con un indio tributario, natural del archipiélago, pero su regreso al Perú le impidió dejar descendencia en la provincia.

Es posible observar, entonces, que después de 200 años de mestizaje y transculturación permanente, se ha producido un reajuste cultural en ambas sociedades, con características de fusión cultural como pocas regiones indias, ya que las sociedades indias y españolas se vieron igualmente alteradas por el contacto, con adquisiciones mutuas. A fines del siglo XVIII, los indios parecían menos indios que sus vecinos continentales e insulares australes y con ventajas sobre los naturales de Chile Central, a juzgar por la descripción que sobre los indios de Melipilla hace Pérez de Uriondo.

Los españoles, en cambio, parecían menos españoles y se sentían más identificados con los indios domésticos con quienes convivían que con los 'blancos' del continente. La imagen que de ellos se tenía en Chile, Lima o España era de mestizos, de rudas costumbres, como era generalmente la población de las fronteras, más adaptados al medio hostil en que vivían que a la vida urbana.

La desproporción étnica inicial y la superioridad india de adaptación al medio insular con despliegue de recursos, hizo que la cultura, en muchos aspectos, haya tenido un movimiento de indios a españoles, con fuertes ataduras telúricas, propias de un mundo enclaustrado, sin contactos con el exterior y formado de cara a la geografía. Esto permitió la creación de patrones o modelos de conducta, formas de vida transmitidas hasta hoy, y un modo de concebirse colectivamente.

El hachero, el carpintero de ribera, el bogador, representan mejor al genuino hombre chilote. El huaso no existió en el archipiélago, porque los

valles que le sirven de marco en Chile central están cubiertos por el mar en Chiloé. Por eso el uso del caballo era adjetivo y la figura del jinete, ocasional, mientras que el mar obligó al nacimiento del bogador. La vida transcurre entre el mar y la playa, como se lo enseñaron los indios. La tierra adentro carecía de atractivo. El hombre era lento allí. Por eso alguien ha llamado a la cultura chilota, cultura de bordemar, elaborada por un hombre mixto, entre marinero y agricultor, pero más lo primero que lo segundo.

Para los contemporáneos continentales, la sociedad chilota del siglo XVIII presentaba rasgos de *arcaísmo cultural* y en muchos casos de *indianización*, lo que solía atribuirse al aislamiento. El gobernador de Chiloé, Manuel de Castelblanco, por ejemplo, creía que la extraña constitución cultural del archipiélago se debía a la "falta de trato y comunicación de que resulta impedirse la cultura de aquellas gentes... La falta de cultura y tratar con otras gentes que las de sus familias les hacen permanecer en su rusticidad"¹⁹.

La opinión que se tenía en Lima no era distinta. El visitador Areche se refería a los isleños como "una gente que apartada en los últimos términos de esta América, sin comunicación frecuente del resto de este país, sin medios de educarse y limitada, por lo mismo, su comprensión a pequeñas ideas...". Con alguna exageración, agrega, "aquellos habitantes viven en la triste oscuridad que no merecía su origen, si los creemos como nos aseguran, venidos de los valerosos españoles que perseguidos por el fiero araucano, vieron arder sus casas y haciendas y tomaron refugio en las citadas islas"²⁰. "Hállanse como sitiados —dice Agüeros a fines del mismo siglo—, careciendo de toda racional correspondencia y comunicación, pues no la logran con población ni provincia alguna"²¹.

En efecto, 120 leguas separan a Chiloé de la ciudad de Concepción, 200 de Valparaíso y 700 de Lima con la cual había contacto más regular en los meses de verano y cuya distancia se cubría en 30 ó 40 días de navegación. Entre Chiloé y Valdivia median sólo 40 leguas, pero las relaciones con aquella plaza no eran regulares ni podían ser significativas a causa de ser sólo un 'presidio' de similar aislamiento.

Por eso Chiloé y Chile llegaron a ser dos realidades distintas. 'Ir a Chile', 'el reino de Chile', eran expresiones que decían relación con un

¹⁹Informe del ex gobernador Manuel de Castelblanco. Lima, 10-noviembre-1783. AGI, Chile, 279.

²⁰De José Antonio Areche a José de Galvez. Lima, 20-noviembre-1781. AGI, Lima, 1494.

²¹Descripción historial del archipiélago de Chiloé. Francisco González de Agüeros. 1791. AGI, Chile, 291.

mundo extraño y distante, confundido con los brumosos e imprecisos reinos o provincias indias. Tal era el aislamiento que, en 1787, el intendente Francisco Hurtado escribía que “en esta provincia se pasan años sin tener noticia del reino de Chile, lo que se consigue sólo en dos circunstancias: la una es cuando por rara casualidad se consigue venga algún barquillo de comercio de los puertos intermedios, que por lo regular, cuando esto sucede viene de Coquimbo, la Nazca u otro portezuelo de éstos y nunca de Valdivia, La Concepción o Valparaíso; y la otra es cuando de esta provincia se remite a Valdivia alguna piragua de indios calbucanos...”²².

Las peculiaridades chilotas se apreciaban tempranamente. En el siglo XVII, Alonso Ovalle califica a Chiloé como “una cuasi nación en la región non plus ultra de América”, sugiriendo la existencia allí de un mundo de perfiles diferentes a lo que por entonces empezaba a nacer como el “Chile Histórico”.

Podemos afirmar, entonces, que por las circunstancias históricas descritas se comenzó a formar en el archipiélago, a principios del siglo XVII, una realidad sociocultural peculiar, de ritmo histórico distinto, observado por los propios contemporáneos del reino de Chile y de Lima y sentido así por los ya genéricamente chilotas. Y es que Chiloé distaba mucho de ser una zona de tránsito, como son normalmente los territorios continentales, ni tampoco una región terminal donde concluyen las oleadas migratorias, sino enclave o frontera cerrada, territorio rodeado de pueblos bárbaros, cuya vida se desenvuelve hacia adentro en un proceso de continuos intercambios con la población india.

Todo esto permite definir a Chiloé, a fines del siglo XVIII, como un ‘enclave sociocultural’ que ha elaborado y conservado un sentido de identidad separado cultural y territorialmente de la sociedad mayor en la que estaba inserto.

Por eso resulta interesante emprender un estudio de la primera ocasión que tuvieron los isleños de entrar en contacto con la cultura vigente en los Campos de Chile Central, como se verifica en la repoblación de Osorno en las postrimerías del siglo XVIII. En esa oportunidad los chilotas y los campesinos de Colchagua que se dieron cita allí, tuvieron ocasión de cotejar sus costumbres, creencias y concepción del mundo, que para los insulares era una segunda transculturación, ahora fuera de su espacio geográfico natural.

Importantes testimonios y juicios sobre los chilotas colonos de Osorno están contenidos en la documentación firmada por el superintendente Juan

²²De Hurtado al Marqués de Sonora. San Carlos, 14 marzo 1787 AGI, Chile, 218.

Mackenna y creemos que junto a las numerosas fuentes que nos ofrece el Legajo 316 del Archivo General de Indias de Sevilla, abre una posibilidad inapreciable para un estudio de esta naturaleza.

Interesante resulta también estudiar la fidelidad de los súbditos chilotas al monarca a lo largo del Período Indiano, conectándolo con los rasgos culturales que hemos intentado trazar. Esto nos permitiría entender la vocación por la carrera de las armas y la peculiar actitud que mostraron los insulares en las campañas de la Independencia en "servicio de Su Magestad".